

A MODO DE INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA VASCA

Luis Villasante, presidente hasta hace unos meses de la Real Academia de la Lengua Vasca, suele contar que en un viaje por tierras de España, su compañero de asiento en el autobús no pudo ocultar su extrañeza al ver que estaba leyendo un libro escrito en vasco, es decir, en un idioma en el que según tenía entendido «no se escribía». La anécdota es seguramente extrema, pero no inverosímil. No es difícil encontrarse con personas que muestran ante la lengua o la literatura vasca una ignorancia mucho mayor que la que cabría esperar.

Esta situación hace aconsejable comenzar por algunas generalidades sobre la lengua vasca o euskara que ayuden a entender aspectos de su literatura, que pueden si no parecer sorprendentes.

El euskara ha sido en tiempos históricos, y es hoy en día, una lengua hablada por una comunidad reducida que al parecer nunca ha rebasado la cifra de 600.000 o 700.000 hablantes. En la Edad

Masarykova Univerzita v Brně Filozofická fakulta, Ústřední knihovna	
Přir.č	5286-06
Sign	89-47/A1-2
Syst.č	457332

Media cubría la totalidad de las provincias vascas, excepto el extremo occidental de Vizcaya y la Ribera navarra, y durante unos siglos se extendió incluso por tierras de la Rioja Alta y del norte de Burgos. A partir de entonces el área de habla vasca ha disminuido sin cesar. El siglo XVIII perdió una buena parte de la llanada alavesa y el XIX la Navarra Media. Hoy en día su territorio ha quedado reducido a una buena parte de Vizcaya, la totalidad de Guipúzcoa, el valle de Aramayona al norte de Álava, la zona noroccidental de Navarra y todo el territorio de Euskadi Norte (o País Vasco-Francés, tanto da), salvo la aglomeración urbana formada por Bayona, Anglet y Biarritz. Además, mientras en tiempos históricos el idioma predominante, y en muchas zonas prácticamente exclusivo, en el área de habla vasca era el euskara, no puede decirse lo mismo de la época actual. Hoy en día el conocimiento del euskara en el País Vasco e incluso en la zona de habla vasca es minoritario: sólo la cuarta parte de los habitantes del país y algo menos de la mitad de los del área vasca conocen el idioma.

Como causas principales de este retroceso se citan la represión y los masivos movimientos inmigratorios que ha sufrido el país a lo largo de los últimos cien años. En mi opinión, basta ver la situación del catalán para concluir que dichos factores no han podido ser determinantes. Esto no quiere decir que sean despreciables, pero me inclinaría a pensar que hay otras circunstancias —el hecho de que el país haya sido siempre deficitario

culturalmente, la relevancia casi nula de la cultura vehiculada por la lengua vasca, etc.— que han condicionado la situación actual mucho más de lo que se piensa. Habría que añadir a esto el tratarse de un idioma menor y radicalmente aislado, y el hecho de haber quedado al margen de la romanización —es decir, de la civilización, en el sentido etimológico de la palabra—, extremos que parecen ser las causas determinantes del poco aprecio que por lo menos desde los albores de la Edad Moderna han mostrado hacia el idioma del pueblo las clases ilustradas del país.

La situación empeora si consideramos el uso de la lengua, que es, más que su conocimiento, lo que determina su implantación y su peso real. Los únicos municipios de más de doce mil habitantes en los que el euskara es predominante en la calle son Azpeitia y Ondárroa. En todos los demás sólo una minoría más o menos exigua lo utiliza habitualmente. En los núcleos de población menores la situación varía considerablemente de unos a otros, pero no son escasos los pueblos en los que la mayoría se expresa normalmente en castellano o francés. Solamente en áreas netamente rurales, sobre todo de Guipúzcoa y Vizcaya, el euskara es el vehículo de comunicación mayoritario.

Oficialmente se achaca esta escasa utilización del euskara al gran número de vascos que desconocen este idioma absolutamente ininteligible para oídos románicos, lo que imposibilita su uso en presencia de no vascohablantes. Es evidente

que esta circunstancia pesa de manera decisiva, pero no es menos cierto que es absolutamente normal encontrarse con vascohablantes que hablan habitualmente en castellano (o francés) entre ellos. Para poner un ejemplo, no son pocas las personas que hablan euskara conmigo pero hablan castellano entre sí. Y es fácil observar en cualquier pueblo del país a grupos de personas que hablan castellano y pasan al euskara para hablar a los niños. Porque una de las características de nuestra peculiar situación lingüística es que, si bien el uso de la lengua ha retrocedido notablemente, se mantiene por lo general la transmisión a los hijos, al menos en Guipúzcoa y Vizcaya, sobre todo en el caso de que tanto el padre como la madre sean vascohablantes.

De todas formas hay un factor que no puede ser pasado por alto en esta descripción general. El gran lingüista G. de Humboldt, que visitó el país a comienzos del siglo XIX atraído por su lengua y que contribuyó no poco a la difusión de su noticia, pronosticó su desaparición en el plazo de cien años. Su vaticinio se hubiera cumplido, aunque en un plazo mayor, de no ser por la eclosión a finales del siglo pasado del movimiento nacionalista de Sabino Arana Goiri, para el que fue una tarea prioritaria rescatar la lengua nacional del abandono en el que se hallaba, y que consiguió imprimir al menos a una parte de sus seguidores una conciencia lingüística que hasta el momento prácticamente no existía. Desde entonces ha sido gente de ideología nacionalista la impulsora y la base prin-

cipal de la supervivencia de la lengua, y hay que buscar en la renovación del pensamiento nacionalista de los años sesenta el motor del notable proceso de concienciación y recuperación lingüística que se ha producido desde entonces en la población vasca. Este hecho, que en mi opinión es malo para el futuro del idioma, que debería ser, como en Cataluña, patrimonio de nacionalistas y no nacionalistas, no puede ser ignorado. Hay que añadir sin embargo que la circunstancia de que la minoría vasquista sea esencialmente nacionalista no quiere decir que el nacionalismo como tal, ni en su conjunto ni en ninguna de sus facetas moderada o radical, sea vasquista en la práctica. De hecho, la lengua nacional es para la ideología o ideologías nacionalistas algo así como la caridad para la Iglesia oficial: algo que se predica inevitablemente, pero cuya falta de observancia se excusa con indulgencia. Es fácil ver que esta situación se presta a todo tipo de hipocresías y posturas demagógicas, y que supuestas actitudes de defensa de la lengua pueden ocultar su utilización y manipulación partidista.

Antes de pasar a hablar de la literatura producida en euskara tengo que referirme a una discusión que surge periódicamente en los medios de comunicación del país: qué es lo que hay que entender por «literatura vasca». El mismo Bernardo Atxaga se vio involucrado, muy a su pesar me imagino, en uno de los episodios de la estúpida polémica, en un debate televisivo reciente. Yo al menos, y no soy desde luego el único que piensa

así, no tengo inconveniente en que también se utilice el término «literatura vasca» para designar la «literatura producida por ciudadanos vascos en castellano u otras lenguas» o la «literatura sobre “tema vasco”», entre otros motivos porque estas denominaciones son excesivamente largas. Aunque la tendencia general en las lenguas es dar nombres distintos a conceptos dispares —y «literatura escrita en lengua vasca» y «literatura producida por ciudadanos vascos en castellano u otras lenguas» son conceptos bien dispares— no siempre ocurre así. Por ejemplo, es evidente que el término «ciencia» se refiere a conceptos *muy* diferentes según se aplique a la Química o, por ejemplo, a la Sociología. Lo importante es no olvidar que por mucho que se denomine «ciencia» a la Sociología, no por ello deja de ser lo que es. Con respecto a la «literatura vasca» quiero recordar, además, que «euskal literatura» —basta conocer los rudimentos del idioma para saberlo— sólo puede referirse a uno de los conceptos anteriores. Y una discusión que deja de tener sentido con el mero cambio de la lengua empleada para discutir no puede ser más que una cosa eminentemente bizantina.

La historia de la literatura vasca difiere notablemente de la de otras literaturas menores próximas en más de un aspecto. En primer lugar es relativamente tardía y no tiene una edad de oro medieval. Por otro lado, como puede comprender el lector tras conocer las vicisitudes de la lengua que le sirve de vehículo, ha sido una literatura

marginal que, según se ha señalado repetidamente, nunca ha sido la expresión total de la vida del pueblo vasco. Por lo que respecta a la literatura de tradición oral que ha llegado hasta nosotros, hay una cierta unanimidad en afirmar que aunque no es excesivamente rica y variada, no por ello deja de tener un notable interés.

La literatura escrita nace en el siglo XVI, esto es, en la misma época que la albanesa y otras literaturas europeas, coincidiendo con la difusión de la imprenta. Se inicia con un libro de poemas, impreso en Burdeos en 1545, del sacerdote bajonavarro —es decir, de la parte de Navarra perteneciente al País Vasco-Francés— Bernard Deche-*pare*, una especie de breve *Libro de Buen Amor* de factura netamente popular, no exento de valor literario. Del mismo siglo es, aparte de otras obras menores, la traducción del Nuevo Testamento y escritos calvinistas, realizada por un equipo dirigido por Joanes Leizarraga. Éste creó una lengua escrita supradialectal cuyo destinatario eran los vascos de la vertiente septentrional de los Pirineos, que Juana de Albret, reina de Navarra, pretendía convertir al calvinismo. Se trataba de un modelo admirable de lengua solemne y arcaizante, pero inviable como lengua de comunicación. Ello no ha sido obstáculo para que en las últimas décadas haya sido propuesto como base del estándar literario por escritores que parecen confundir lengua de cultura y excelsitud esotérica.

El siglo XVII es una especie de edad de oro para la literatura vasca. Al calor de la renovación

impulsada por la Contrarreforma se dio en Labort, que desde entonces pasó a ser algo así como la Toscana vasca, una producción en verso y prosa que en algunos casos alcanzó una calidad literaria y una altura intelectual relativamente notables, y que estableció un modelo de lengua normalizado de gran poder expresivo, a medio camino entre el cultismo exagerado y el populismo, y mucho más moderado que el de Leizarraga en la incorporación de latinismos. Como ha mostrado Itziar Mitxelena, este puñado de obras tenía un público lector burgués relativamente numeroso, residente en San Juan de Luz y zona de influencia, que gozaba de una desahogada posición económica derivada de la floreciente actividad pesquera en Terranova, y una de cuyas aficiones era la lectura. El máximo exponente de esta literatura escrita por clérigos es Pedro de Axular —que, por cierto, aparece dialogando con el protagonista en uno de los fragmentos más bellos de *Obabakoak*—, príncipe de las letras clásicas vascas, que publicó en 1643 su *Guero*, exhortación a no aplazar el arrepentimiento que recuerda, como se ha señalado repetidamente, la obra de fray Luis de Granada.

A partir del siglo XVIII comienza un doble proceso que no se detendrá hasta finales del siglo pasado. Frente a un incremento cuantitativo constante de la producción escrita se da un empobrecimiento cultural de la literatura vasca acompañada de una progresiva dialectalización del idioma literario. Asistimos a una reducción

funcional en la que el euskara se reserva casi exclusivamente para la instrucción religiosa del pueblo llano. No faltaron intentos para remediar esta situación. El más importante de éstos se debe al jesuita guipuzcoano Manuel de Larramendi autor de una apología de la lengua vasca (1728), una gramática (1729) y un voluminoso diccionario castellano-vasco-latino (1745), obras con las que pretendía convertir el euskara en idioma de cultura. No consiguió su propósito, pues las clases ilustradas del país continuaron utilizando el castellano (o el francés) como medio de expresión escrita, pero su influjo fue decisivo para impulsar y dignificar notablemente la producción del País Vasco peninsular, hasta entonces prácticamente inexistente y calco servil de ínfimos originales castellanos. El que se extraña de que fueran unas obras escritas en castellano las que consiguieran estos efectos no acaba de entender el estatus del euskara en aquellos tiempos. De hecho estoy convencido de que era inviable escribir aquellas obras en euskara y de que si Larramendi se hubiera limitado a escribir en la lengua del país su influjo en la literatura vasca hubiera sido prácticamente nulo. Se le ha reprochado también el haber llenado su diccionario de palabras inventadas, que sus seguidores, con muy buen criterio, no emplearon en sus obras. Esto tampoco es del todo cierto. Los neologismos de Larramendi se limitaron al campo del vocabulario técnico o culto, es decir, a términos que no se emplearon porque no tenían sentido en los sermonarios, catecismos y

devocionarios que, como hemos indicado, constituían la práctica totalidad de la producción en lengua vasca. En este sentido es significativo que lo poco que se escribió en euskara en un registro más culto o técnico hasta comienzos de este siglo lleve la marca inconfundible del diccionario de Larramendi.

La situación comienza a cambiar sustancialmente hacia 1880. La producción estrictamente literaria, que en los dos siglos anteriores se limita a media docena de títulos con alguna obra no carente de interés, se incrementa ahora notablemente: la producción poética deja de ser un hecho esporádico, comienzan a cultivarse el teatro y el periodismo, y se realizan los primeros ensayos en el campo de la prosa narrativa. El desarrollo de esta última es sin duda el que presenta mayores dificultades, sobre todo entre escritores peninsulares. Comenzó en el ambiente folklórico de los *Juegos Florales*, que fueron también los grandes impulsores de la poesía, imitando los temas histórico-legendarios que hacían furor en la literatura vasca en castellano de la época. Se trataba en general de una prosa muy poco fluida, en la que se hacía patente la ausencia de una tradición narrativa. Habría que añadir a esto la falta de un público lector, ya que los promotores de este movimiento literario no consiguieron cambiar los hábitos de los vascohablantes, que no leían o leían en castellano todo lo que no fuese el devocionario o la literatura de cordel local.

La irrupción del nacionalismo, que como he-

mos señalado abrió nuevas perspectivas al futuro de la lengua, incidió notablemente en la trayectoria de la literatura vasca. Como todos los nacionalismos, el de Sabino Arana Goiri fue decididamente purista en cuestiones de lengua. Su intento de reforma fue de todos modos menos radical que el de otros, como el estoniano Johannes Aavik, que consiguió además que sus «aberrantes» propuestas se impusieran en el estoniano literario e incluso en el coloquial. Después de todo, lo único que hicieron Arana Goiri y sus seguidores fue dar a conocer un «euskara-ficción» muy similar al «griego-ficción» que se inventó para crear toda la terminología científica, y neologismos como *sen-di* o *ikurriña* no difieren en su génesis de *hidrógeno* o *electrón*, términos estos últimos denostados en su día por helenistas como F. Egger, pero que no por ello dejaron de imponerse, como salta a la vista. Y es que, como señala el lexicógrafo A. Rey, «10 o 100.000 técnicos e ingenieros que han de crear el discurso de su actividad pesan más que algunas decenas de terminólogos normalizadores y de críticos puristas, si estos últimos no disponen de medios de intervención eficaces». En el caso vasco las críticas (y las defensas) vinieron por el lado de la «incorrección» lingüística de las propuestas de Arana Goiri. Es evidente que, tal como se planteó la cuestión, la razón la tenían los que pensaban que los neologismos aranistas eran incorrectos. Pero no es menos cierto que la cuestión estaba mal planteada en el sentido de que la «corrección» de un término es, en principio, irrele-

vante para su utilización, al menos en las comunidades que no tienen la desgracia de estar controladas por lingüistas tradicionales. Esto no obsta para que las propuestas de la escuela aranista fueran en general inviables por otros motivos: una reforma tan radical no podía llevarse a cabo sin controlar la enseñanza y los medios de comunicación, ni con una masa de habitantes analfabetos en su idioma vernáculo y de escasa conciencia lingüística. Lo único que se podía producir era un divorcio radical entre una exigua elite y la masa popular, que es lo que en parte ocurrió.

El caso es que la mayor parte de la literatura vasca de la primera mitad de este siglo se escribió siguiendo más o menos rigurosamente los dictados de la escuela aranista, cuyo influjo es patente en casi todos los escritores del período, incluidos los escasos escritores no nacionalistas y algunos de Euskadi Norte, región que en principio había quedado fuera de la influencia aranista pero que de todos modos había perdido totalmente la hegemonía de épocas pasadas. Esto supuso la ruptura con la tradición literaria anterior, que fue ignorada porque estaba viciada por la influencia del español, y la liquidación del purismo larramendiano, combatido, una vez más, por motivos de corrección lingüística que realmente ocultaban razones políticas: Larramendi era españolista para Arana Goiri y sus seguidores. Por lo demás, el nacionalismo no tuvo mayores problemas en continuar el tradicionalismo de formas y contenidos de la etapa de los Juegos Florales, con lo que

la producción literaria vasca siguió por muchos años alejada de cualquier atisbo de modernidad. Lo mismo ocurrió con lo escrito en castellano (o francés) en los círculos nacionalistas o vasquistas que, claro está, continuó siendo abrumadoramente más abundante.

La valoración de lo producido bajo estas premisas no es tarea fácil. La poesía apenas avanzó hasta la llegada de la República, los autores teatrales mostraron algo más de oficio y ambición, y lo mejor de la narrativa lo aportó Domingo Aguirre, un sacerdote de la generación anterior que no fue reciclado por el nacionalismo, recordado por dos novelas de corte perediano. La cuestión, más que la calidad de lo producido, es que gran parte de esta literatura resultaba digamos «impresentable». Me refiero a la sensación de sonrojo o vergüenza ajena que invade al lector mínimamente cultivado y con una cierta sensibilidad hacia las convenciones literarias cuando se enfrenta a muchas de las obras de aquel período —para mí la novela *Josetxo* de Echeita es emblemática en este sentido—, la sensación de encontrarse ante obras que están fuera de juego. De todas maneras, las primeras obras creadas enteramente dentro de los nuevos presupuestos nacionalistas, sin los lastres de la generación anterior, no llegaron hasta la época de la República. Es entonces cuando, por primera vez en la historia de las letras vascas, surge una generación de literatos conscientes de serlo y se promueve un movimiento cultural que trata de crear un público lector que haga viable la nueva

producción. Se comenzó por la poesía, que con Lauaxeta, y sobre todo con Orixe y Lizardi, alcanza cotas de calidad no conocidas hasta entonces entre nosotros. Las secuelas brutales de la guerra civil abortaron este movimiento antes de que pudiera verse qué podía dar de sí en el campo de la narrativa.

Tras los años oscuros, en los que los supervivientes consiguieron —y no fue poco su mérito— mantener la bandera en alto, una nueva generación inicia en los años cincuenta la renovación. Se trató de una renovación radical, que se propuso resolver todos los problemas pendientes. En primer lugar el del purismo léxico, que fue implacablemente combatido —alegando una vez más razones de incorrección que tuvieron gran éxito— por los elementos más radicales de la generación renovadora. La declaración de 1958 de la Academia de la Lengua Vasca apoyó en líneas generales estas posiciones —era desde luego lo más razonable en aquellas difíciles circunstancias—, pero con un margen de ambigüedad suficiente para que el problema no quedara totalmente zanjado, con lo que demostró a la vez una prudencia encomiable.

El segundo de los problemas abordados fue el de la creación de una lengua literaria unificada. A principios del presente siglo la lengua literaria se hallaba dividida en cuatro dialectos, divididos a su vez en infinidad de variedades. Aunque los miembros más lúcidos del movimiento nacionalista de la preguerra, Luis de Eleizalde, por ejemplo, eran conscientes de los graves problemas de-

rivados de la falta de un estándar literario unificado, la escuela aranista como tal soslayó la cuestión. Paradójicamente fue un veterano militante del Partido Nacionalista Vasco, Luis Michelena, activista cultural en los años oscuros, máxima autoridad mundial en lingüística vasca y una de las personalidades intelectuales más sobresalientes que ha dado el país en toda su historia, quien por encargo de la Academia sentó las bases teóricas del estándar unificado y fue dirigiendo, a partir de 1968, las diversas etapas de su establecimiento. De todas maneras, los que realizaron los primeros ensayos unificadores y propusieron las primeras medidas fueron miembros de la generación renovadora. Michelena y la Academia trabajaron sobre esta base previa. El modelo propuesto, basado en un equilibrio entre el uso actual y la tradición literaria, fue contestado sobre todo por miembros de la vieja guardia nacionalista, pero fue aceptado sin mayores problemas por la gran mayoría de los implicados. Hay que señalar que la actitud decidida del primer Gobierno vasco en favor de la unificación fue el paso decisivo para su consolidación definitiva.

La tercera cuestión pendiente era la de la apertura de la literatura vasca a las corrientes ideológicas y literarias de la Europa contemporánea. Cuando la generación renovadora de la postguerra inicia su actividad, el País Vasco real poco tenía que ver con la imagen que daba de él la ideología vasquista oficial. Ya en la preguerra existieron problemas graves de sintonía entre es-

critores y lectores, pero por los años cincuenta y sesenta el divorcio era alarmante. El hielo fue roto, no sin sufrir un fuerte desgaste, por el abigarrado conjunto de escritores de diversas procedencias y trayectorias literarias e ideológicas que hemos denominado «generación renovadora», a los que sólo unía el rechazo de la línea oficial. Hay que destacar entre ellos a Gabriel Aresti, figura polémica, de personalidad (y obra) ideológica y literariamente contradictoria, cuyo papel como cabeza visible de la renovación radical que comentamos superó ampliamente en importancia la fama que consiguió como poeta «social» dentro y fuera del país. Aresti fue además el guía o punto de referencia de una nueva serie de escritores que comenzaron su andadura en la segunda mitad de los sesenta y que consolidaron la entrada de la literatura vasca en la modernidad.

Como resultado de todo este proceso, los escritores vascos disponían a principios de la década de los setenta de un modelo de lengua bastante normalizado y una literatura que era «como las demás», es decir, que reflejaba la variedad de técnicas y asuntos de la literatura europea contemporánea. Por otra parte, esta normalización, aunque no evitó que siguieran viendo la luz libros impresentables, propició la publicación de una serie de producciones poéticas e incluso narrativas de una calidad indiscutiblemente superior y la aparición de las primeras obras «exportables», entre las que destaca *Ehun metro*, novela breve de Ramón Saizarbitoria, traducida al español, inglés

e italiano, y que por falta de la adecuada promoción no tuvo en la península el eco que merecía.

Ésta es la situación con la que se encontraron los autores que comenzaron a escribir en los años setenta. De todos modos, no todo era positivo en el panorama. La unificación ofrecía un instrumento de expresión literaria que era más eficaz que los modelos dialectales, pero que presentaba inevitablemente cierto grado de artificialidad y rigidez. Esto repercutía en el problema de prosa narrativa culta, que siempre ha sido el punto flaco de la literatura vasca. Se había aprendido a escribir más o menos correctamente, pero no a contar con un mínimo de soltura. Y había sobre todo el problema de madurez reconocible en toda literatura que comienza su andadura.

Bernardo Atxaga pertenece a ese grupo de escritores que comenzaron a publicar a principios de los setenta. Une a unas dotes literarias poco comunes una dedicación al oficio de escribir y una disciplina en el trabajo nada corrientes. Todo ello unido a su agudeza ante los problemas de la literatura y cultura vascas actuales han hecho que su aportación a las letras vascas haya resultado hasta el momento literalmente crucial. Atxaga ha sabido, a través del estudio de la tradición literaria y de la sabia utilización de los recursos de la narrativa popular dialectal, establecer la prosa narrativa más fluida y eficaz de la literatura vasca del momento. Por otra parte, ha logrado poner su notable conocimiento de la literatura europea occidental al servicio de su lúcida comprensión del

quehacer literario, con lo que ha conseguido sobre todo en *Obabakoak*, su última obra, momentos de auténtica madurez creativa.

No voy a pasar a comentar los aspectos generales de la obra que prologo. No era ésa mi intención cuando acepté complacido el ofrecimiento que se me hizo de escribir esta presentación. La crítica, esa literatura sobre la literatura, se encargará (de hecho ya lo está haciendo) del cometido. Sólo quisiera hacer, antes de terminar, algunas observaciones. En primer lugar, decir al lector no avisado que no espere —que no tema, mejor— encontrar en las siguientes páginas la típica descripción de ambientes propia, al menos en el tónico, de las literaturas «nacionales», ni tampoco la transcripción inmediata y mecánica de los aspectos al parecer más noticiables de la realidad social y nacional vasca. Digo esto último ante el rebrote, en su variedad más mostrenca, de los viejos tópicos sobre «la necesidad de compromiso del literato con la situación social en la que vive» que se ha dado entre nosotros últimamente, y con la que una parte de la delegación vasca sorprendió a los asistentes a unos encuentros de escritores catalanes, vascos y gallegos celebrados en Valencia hace un par de años. De hecho Atxaga ha sido el blanco principal de esta estrategia.

Igualmente ha sido criticado, y por las mismas personas, por aceptar un premio nacional de literatura *española*. Pienso que no falta razón a los que critican la institución de los premios; tampoco les falta a los que la defienden. Por lo que res-

pecta a este premio en concreto, ha servido para revalidar la literatura vasca actual: por primera vez —y esto ha sucedido además en el campo de la narrativa, no en el de la poesía—, una obra vasca compitiendo con las mejores obras del año de otras literaturas ha sido considerada por un cualificado grupo de profesionales de la lectura y la crítica como la más destacable de todas ellas. No debemos olvidar que, como señalaba Luis Michelena, gran admirador de la obra de Bernardo Atxaga, «kultur alorrean zerbait sortzen duen herriak beretzat eta besterentzat sortzen du eta, orobat, besterentzat sortzen ez duenak ez du beretzat ere sortzen», es decir, «en el terreno cultural el pueblo que crea algo lo crea para él y para los demás y, así mismo, el que no crea para los demás tampoco crea para él». Éste es un reto de la literatura vasca actual. Todo lo demás es secundario.

IBON SARASOLA